

# BOULDER

EVA BALTASAR



LITERATURA  
RANDOM HOUSE

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks  
@Literaturarandomhouse



@LitRandomHouse



@Litrandomhouse

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

... su amor es un amor solitario.

CARSON McCOLLERS,  
*La balada del café triste*

## 1

Quellón. Chiloé. Una noche hace muchos años. Las diez pasadas. Ni cielo ni vegetación ni océano. Sólo viento, la mano que todo lo toma. Seremos una docena de personas. Almas. En un lugar como este, a esta hora, puede decirse que las personas son almas. El embarcadero es pequeño y hace pendiente. La isla se entrega al agua en bloques de hormigón a los que están sujetos, uno al lado de otro, algunos amarraderos. Parecen las cabezas deformes de los descomunales clavos que sujetan este muelle al fondo del mar. Nada más. La quietud de los isleños me maravilla. Están sentados bajo la lluvia, dispersos, junto a unos bultos grandes como baúles. Se cubren con plásticos resistentes al viento, comen en silencio con un termo entre las piernas. Esperan. La lluvia les percute como si los maldijera, les resbala por la chepa y forma riachuelos que bajan hasta el mar, esa boca inmensa nunca cansada de recibir y tragar. Hace un frío curioso, habré bebido de él, porque lo siento fanático, combativo, bajo la piel y más adentro, en los arcos que construyen los órganos entre ellos. Isleños incomprensibles. He estado aquí tres meses cocinando en unos campamentos de verano para adolescentes. De noche pedaleaba hasta el pueblo y tomaba un aguardiente en el bar de la pensión. Casi ninguna mujer. Ritual de trabajadores. Los dientes manchados que saludan. Los ojos negrísimo de los

árboles genealógicos que han crecido lentamente sobre la piedra salobre hablan conmigo desde las mesas. Hablan por todos los muertos.

No soy buena cocinera, soy una cocinera de rancho, capaz, sin formación. Lo que más me gusta del trabajo es hacerme cargo de los alimentos cuando aún están enteros, cuando algo en ellos proclama un lugar, una procedencia y ese radio inmediato de soledad que todo ser vivo necesita para crecer. Agua, tierra, pulmones. Las condiciones del silencio. Los alimentos tienen piel y prepararlos requiere cuchillos. Si en algo soy buena, es en descuartizarlo todo. El resto no es arte. Sazonar, reunir, dar calor... las manos acaban acostumbrándose, se dirigen solas. He trabajado en escuelas, en geriátricos y en una cárcel. Los trabajos me duran semanas, se me escurren de las manos, son una grasa que voy deshaciendo. Antes de venir a Chiloé mi último jefe quiso darme una explicación: el problema no era la comida, sino yo. En una cocina se trabaja en equipo, tenía que buscar una cocina muy pequeña si quería trabajar sola y seguir viviendo de esto.

A medianoche llega el barco. Se lanza sobre nosotros a una velocidad alarmante. Quizá me dé esa impresión por las luces que estallan en la aguada y nos hacen parpadear. Detrás de nosotros hay movimiento, alguien llega en un jeep negro y deja el motor encendido. Nos llama. Los isleños se levantan, parecen tortugas enormes nacidas de un gran

huevo. Atraviesan la lluvia despacio, pasan por mi lado y me siento como una extranjera insignificante, blanca como la enfermedad y empapada bajo el impermeable azul oscuro. Harían falta dos cuerpos como el mío para conformar uno resistente como el de ellos. Sin embargo he sido como ellos, he cavado la isla con las uñas hasta saber que lo blando de los dedos puede endurecerse, que el corazón gobierna el cuerpo y lo modifica con su primer mandato, la voluntad. Nos cobijamos en la puerta del conductor. Uso la capucha de visera, me restriego los ojos e intento entender qué pasa. Manos intercambiando monedas, billetes. Del interior del coche sale una melodía de cuerda que parece celebrar el temporal. Compró mi pasaje con los pesos que saqué de la riñonera. El resto, el salario de tres meses, lo llevo envuelto en papel film entre la primera camiseta y la piel.

Es como si el mar nos hubiese puesto la pasarela, como si viniese a recogernos. La mochila me hace caminar inclinada. Tengo una cuerda en el interior de cada puño, y no las suelto. Unos gritos evitan que dejemos de avanzar. Me adentro en el barco pensando que no parece tan inmenso, y de pronto, silencio: sonidos humanos apenas perceptibles, fuera del alcance de los elementos. Bajamos de lado por unos escalones metálicos, afianzando cada paso. Detrás de la puerta hay una bodega vacía. Es un mercante, no un crucero. Nos dejamos caer en ella como si llevásemos años de romería y algunos nos miramos a los ojos, quizá por primera vez. El hombre que tengo a mi lado saca una botella de pisco y tras beber un largo sorbo, hace que cir-

cule. La ceremonia de la pipa: veremos cómo acaba. Me quito el impermeable y el jersey empapado y me pongo otro sucio y seco que encuentro hurgando a tientas en la mochila. No sé en qué momento zarpamos, la bodega se eleva y se desploma sin cesar. A veces resbalamos en masa hacia un lado y la bombilla centellea hasta que otro golpe de mar nos restituye. Una vieja desdentada me ofrece la botella con una sonrisa en cada ojo. La acepto y bebo. Me encanta este lugar, los ojos angostos y negros que ni me quieren ni me rechazan, esta fabulosa libertad.

Eso vine a buscar aquí, el cero primigenio. Cansada de inventar currículums, de tener que decir y hacer como si la vida fuese un relato, como si dentro llevase un alambre clavado que me hiciese recta y constante. El rumbo mata el viaje y si la vida ha de ser una historia, ésta sólo puede ser mala. ¿Qué creía que hacía dejándolo todo y aceptando una vida de tres meses en los confines del mundo? Acababan de despedirme de un restaurante enorme ubicado en un polígono industrial. Cada mañana acudía allí en autoestop. Casi siempre llegaba tarde y eso que salía de casa dos horas antes. El mejor momento del día era cuando un coche o una furgoneta se detenía en el arcén, a cien o ciento cincuenta metros, y me llamaba con los intermitentes. Corría como una loca con la mochila en la espalda y la chaqueta abierta, exhalando el humo del frío y del cigarrillo a la vez. Algunos conductores se sorprendían al percibir que era una mujer. Otros ni se daban cuenta. Quince kilómetros de paz, de no estar en ninguna parte, de asaltar la ruta con que se

castigaba a diario a aquella gente amable. Me habría encantado saltar de los automóviles en marcha en lugar de saludar y cerrar la puerta como quien cierra el ataúd de un buen amigo, el de un inanimado. ¿Qué creía que hacía dejándolo todo? La destructora posibilidad de un trabajo similar, una habitación de tres al cuarto en un piso de la periferia, amantes fugaces como estrellas, hoy quemándome en los dedos, mañana irreales. Los días aparecían y desaparecían, idénticos. Los tumbaba cada noche, trago tras trago, estirada en la cama angosta con auriculares en las orejas y un cenicero en el pecho. Había vivido clavada a una certeza impalpable, acordonada por las cuatro cosas necesarias que me diferenciaban de una despojada, de una excluida. Necesitaba enfrentarme al vacío, lo había soñado hasta convertirlo en mástil, el centro de equilibrio donde detenerme cuando la vida se desmoronaba a mi alrededor. Intoxicada, procedía de la nada y aspiraba a territorios aullados.

Un suelo duro y la mochila por cojín. Compañeros silenciosos. Yo dentro del casco, el casco dentro de la tormenta, y un sobre repleto de billetes en el vientre. Esta noche he tenido éxito.

Permanezco en el buque unos años. El capitán tiene cara de jugador, paciente, inteligente. Le llaman patrón.<sup>[1]</sup> La piel fina y roja le sale del cuello de la camisa como una segunda camisa que se le ciñe a las facciones minúsculas:



barbilla, boca, bigote, nariz, frente, alineadas una encima de otra, y los ojos como dos agujeros que remachan cada orden, cada decisión. Me ha dado el trabajo porque no pido sueldo, sólo comida y cama. Creo que he descubierto qué es la felicidad: despertar silbando, no molestar a nadie, no dar explicaciones y desplomarse en la cama al alba, con el cuerpo aturdido por el cansancio y la cabeza despojada de todo el polvo y la hiel. A bordo creen que estoy chiflada, que soy la oveja negra de una familia aristocrática y que alguien mató a mis padres y a mis hermanos. Están convencidos de que estoy aquí, amparada en el anonimato de la tripulación, para planear una venganza lenta y cruel hasta el último detalle. Permito que lo crean porque son cordiales, porque en el fondo somos más hermanos que los hijos de una misma madre. El barco nos mece en su líquido, nos ama, nos nutre, nos invita a mirarnos. Me dejo llevar, la vida crece sin sobrepasarme, se concentra en cada minuto, implosiona, la tengo en las manos. Puedo renunciar a cualquier cosa, porque nada es decisivo cuando te niegas a encerrar la vida en el calabozo de los relatos.

Remontamos por la costa chilena. Subimos hasta Talcahuano, Valparaíso, Antofagasta, Iquique. No suelo desembarcar, aunque a veces querría hacerlo. Valparaíso, por ejemplo, el puerto de noche al amparo de los cerros[2] resplandecientes: deseo una amante. Fumo medio paquete de cigarrillos sentada en cubierta y me siento idiota. Hace más de un año que no tengo a una mujer en los brazos. El cuerpo me insulta, me exige otro cuerpo para saciar el

hambre monstruosa de tocarlo y excitarlo hasta hacerlo escupir a la persona, su pureza, su encanto. Me muero por abrir y cerrar una puerta, arrastrar con la boca a otra boca a la cama, rebanar el deseo. En Barcelona era fácil. Aquí ni me lo planteo. Mejor retirarme a la litera y recordarlo todo en ese punto demasiado concreto de la entrepierna mientras la saliva en los dedos me llena de tabaco y soledad.

Es el mejor trabajo que he tenido. La cocina es pequeña y está oxidada. Un horno, cuatro fogones, la encimera. Las ollas parecen sacadas del fondo del mar. Menos mal que traigo mis cuchillos, no me separo de ellos ni para dormir; si los dejase en un cajón, al día siguiente tendría que ir a buscarlos a la sala de máquinas. De todos modos, cuando estoy en la cocina no entra nadie. Dejo la puerta abierta, y de vez en cuando alguien asoma la cabeza y pide un café. Que se lo hagan ellos. Siempre tengo agua hirviendo, un bote de café soluble y otro de azúcar blanco. A veces se sientan un momento en el taburete del rincón. Descansan y me miran trabajar, me hablan de su abuela, que era una gran cocinera, la reina de las humitas<sup>[3]</sup> y las empanadas. El segundo de a bordo me dicta las recetas. Las humitas son inviábiles, pero me aficiono a las empanadas. Son prácticas y gustan a todo el mundo, aunque la carne sea de lata y a las olivas les falte adobo. Preparo la masa cada atardecer y la dejo fermentar toda la noche. Me gusta taparme con la sábana sabiendo que hay otro cuerpo tapado, un cuerpo que vela y trabaja para mí. Al día siguiente me maravillo de su crecimiento, como si todo ello, la cúpula de trigo perfec-

ta y blanda, su nido de calor, fuese un sobrino lejano que ha madurado de un año para otro en el silencio de la ausencia, sin esfuerzo. Amaso la masa sobre la encimera, la espolvoreo con harina, le doy forma y la tomo e imagino que soy un dios puñetero a punto de modelar una nueva estirpe. Cualquier necesidad para no sentir las caderas, los pechos, las nalgas, la carne perfecta de una mujer contra las palmas.

Pasamos semanas enteras en el mar de Chiloé. Es un mar incómodo, como si no estuviese a gusto atrapado entre el archipiélago y el continente. Los peores temporales, ni punto de comparación con el de mi primer viaje a bordo. Suelen ser tan violentos que nos vemos obligados a resguardarnos en una bahía. Horas de espera, por lo general de noche. Si llevamos pasajeros, mando a alguien que les baje bocadillos. Los lugareños embuchan de lo lindo. Es como si todo lo que comen los enriqueciera y consolidara, como si les diese tiempo de vida y la fortaleza para vivirla. No así los turistas que cargamos, que se oponen a todo. Es extraño, porque éstos son precisamente de los que rehúyen la comodidad de los cruceros. Han salido de casa dispuestos a convertir los días de vacaciones en una expedición, una ruta hacia una verdad interior. Se enteran de que hay buques que aceptan gente y compran los pasajes una noche de tormenta, más vivos que nunca, aún más enamorados de su aventura que de los hijos que ya han tenido o que tendrán. Tres horas después están lívidos y necesitan un váter. El de ellos está en cubierta. Dos tramos de escale-

ra desde la bodega hasta arriba y un último tramo hasta el anexo. El viento les escupe a la cara, les ciega con las balas de los aguaceros australes. Las olas gritan, lo engullirían todo. No entiendo por qué no se mueren. Suben resoplando con violencia, agarrados a barandillas inexistentes. Se encierran en el váter y se vacían. Las olas aparecen también allí, de repente, como un monstruo marino que los inmoviliza contra la pared y los devora empezando por el cuello. Si algún día descubro que me he vuelto así, me pego un tiro.

No sé por qué, empiezo a cobrar un sueldo. Nada del otro mundo, pero supone un cambio en mi relación con el trabajo, dejo de sentirlo mío, pasa a ser de alguien que lo valora y me lo cede. Tengo una sensación de pérdida, y eso que hacía tiempo que estaba a cero, necesitaba dinero. Sigo cocinando lo bien que sé bajo la correa invisible del nuevo amo, laxa pero presente. En Chaitén me abastezco de tabaco, tampones, desodorante, calcetines. Es curioso cómo desaparecen los calcetines. Los compro rojos para saber que son míos. Chaitén es una parada habitual, donde suelo desembarcar aunque sea un par de horas. Las calles vacías son largas y anchas como pistas de despegue. En el comedor de una casita una mujer gorda sirve café y pastel. El mejor *lemon cake* del mundo. Siempre está lleno, pese a las cortinas de flores, la vajilla recargada, los tapetes. También alquila habitaciones. Si atracamos más de veinticuatro horas, reservo una para bañarme con agua caliente y dormir en una cama de verdad, con un armazón de madera que soporte cada uno de mis gemidos y pensamientos. Los

días de lluvia siento como si volviese a casa después de conquistar el mundo. Aquí es donde he conocido a Samsa y por unos momentos he sido consciente del magma inestable sobre el que flota el milagro de los océanos y los continentes.

Las cinco de la tarde. Ya ha oscurecido. Pido un café, dejo la mochila en el suelo y me deslizo hacia uno de los pocos asientos libres, junto a un par de aldeanos y un niño que moja los dedos en el té. Ella está sentada a la mesa del fondo con otras cinco o seis personas. Cabelleras albinas, espaldas de nadador. Un emblema corporativo en las mochilas y las chaquetas colgadas de los respaldos. Hablan en voz baja, como si fuesen suecos o acabasen de encontrar petróleo. No puedo evitar mirarla, como cuando te asomas por la borda y descubres que hay un tiburón. Olvido el azúcar, me quemo la lengua con el café. Siento la dureza de la roca en la que el deseo se clava como para siempre. La miro y me sofoco, aunque sea sueca y cobre el sueldo manchado de sangre de una multinacional. La miro y todo se llena. La mirada es una cuerda que la enlaza y me la trae. Levanta los ojos, me encuentra. Ya lo sabe.

Nos pasamos toda la noche en ello. No la follo, me afilo con ella. La bebo como si me hubiesen educado para el desierto. La trago como si tragase espadas, con un esmero vital y muy despacio. Las horas se superponen unas sobre otras y nos tapan. Despierto a las cinco y media con el

tiempo justo para volver a bordo. No sé cómo separarme de ella, es como si la cera de mi cuerpo se hubiese enfriado pegada al suyo. La beso, la beso. Beso el cabello que le cae sobre los ojos llenándolos de una luz rubia y extraña. Beso el cuello tenso, la espalda exquisita, los pezones planos y anestesiados después de tanta noche. Cierro sus ojos y beso lo azul besándole la piel que lo trasluce. Chupo su lengua exhausta y extranjera. Mis besos son minas que planto con inconsciencia, como si cantara, sabiendo que cuando vuelva a hacerlo explotarán, mutilarán, socavarán cuerpos y canteras. Nos damos los móviles. La abrazo como los locos abrazan un credo o se cuelgan de los árboles. Y me marchó. Antes que transcurran tres lunas volveremos a vernos. Tres lunas, se me ha ocurrido.

Pienso en ella a todas horas. Mi cuerpo parece el laboratorio donde se cocina la piedra definitiva, su luz es una posibilidad entre millones que me obsesiona. Preparar comida me exige una concentración brutal. Compró un libro de cocina griega en una librería de viejo de Puerto Montt. Especies, verdura fresca, queso, un cordero. Anclas minúsculas con las que me amarro la cabeza a la tierra. Cocino con la puerta cerrada, como uno de esos genios que obligan a ser paciente. En realidad estoy drogada. Samsa me corre por las venas. Mis dedos la penetran cuando vació el cordero. Tres meses durante los cuales nos adentramos en aguas peruanas. Navegamos más lejos que nunca, como si huyéramos. Ni una llamada, ni un mensaje. Nada. Hummus, moussaka y una baklava difícilísima que riego con pisco y

miel. El capitán me felicita. No sé qué más puedo hacer con las manos.

Empezamos a vernos. La llamo antes de llegar a Chaitén, ella se monta en la pickup y conduce durante ocho horas. Nos encontramos frente al aparcamiento de la pensión. Llega, maniobra, detiene el motor. Abro la puerta con el cuerpo desacompañado, vertiendo todos sus tóxicos en el lecho immaculado que tengo dentro de mí. No me había sentido nunca tan inclemente, tan inhumana. La beso como si pudiese deshacerle las capas de deseo confitadas en los labios y en los dientes. Nos encerramos en la habitación. A veces quedamos cada diez días, otras, transcurren uno o dos meses. He conseguido un arnés sin ligaduras que llega de los Estados Unidos en avión. Lo recojo en un apartado de correos de Ancud. Es realmente precioso, del azul eléctrico en que viven los lábridos y los corales. Follarla con el arnés es entretenerme en desvelar y matar de bochorno el verano, lanzarla muy arriba, combatir la marea que me arrastra antes de doblegarme a la quietud. Horas y horas. El tiempo gotea de nuestros cuerpos, se nos escurre entre las piernas, lo clavamos a la pared con chinchetas. La beso como no sabía que podía besar a una mujer, entregándole algo que fabrico cuando estoy lejos, cuando no está conmigo.

No le gusta mi nombre y me pone otro. Dice que parezco una de esas grandes rocas solitarias, aisladas, expuestas a